

oradores los mas illustres de aquella edad. En el *Dialogo de los oradores* se cita á Eprio Marcelo , Aufidio Baso , Servilio Noniano , y á algunos de los recomendados por Quintiliano. Plinio el jóven alaba á Pompeyo Saturnino (a) , á Cornelio Tacito, á Fronton Cacio (b) y á pocos otros. El mismo Plinio es tal vez el orador mas eloqüente de su tiempo , y de quantos despues de Cacio Severo florecieron en el nuevo estilo de eloqüencia forense. La lengua romana , que se habia hecho oír con tanto decoro y magestad en los ultimos tiempos de la república , guardó un vergonzoso silencio baxo el dominio de los Emperadores; y las unicas oraciones que obtenian aprecio público , y que llamaban la atencion universal, eran los panegiricos de los Emperadores reynantes, que mas estaban dictados por la vil adulacion, que por la verdadera eloqüencia. Las posteriores vicisitudes políticas del imperio romano y de todo el mundo , las irrup-

(a) Lib. I, ep. XVI. (b) Lib. II, ep. XI.

ciones de los pueblos septentrionales y de los orientales, y la universal barbarie de toda Europa llegaron á apagar enteramente todas las luces del arte oratoria, é hicieron olvidar todos los ejercicios, y hasta el nombre mismo de la eloqüencia forense.

Al restablecerse los buenos estudios en Europa la eloqüencia forense fue la que mas tardó á despertar del letargo, en que yacia por tantos siglos; y apenas en el decimosexto empezó á hacer oír su voz, quando ya todas las otras artes habian manifestado su esplendor. Los primeros ensayos de eloqüencia forense, que han llegado á mi noticia, fueron las oraciones políticas de Casa, y las judiciales de Ba-  
doaro. La *Liga* y los otros argumentos tratados por Casa, merecian el fuego de Demostenes y la magestad de Ciceron; pero en la pluma de Casa, por la floxedad y debilidad de las razones, y por la frialdad en el modo de exponerlas, por la inutil repeticion del mismo pensamiento baxo expresiones diversas, por la embarazosa colocacion de las palabras, por

Eloqüencia forense en las lenguas vulgares.

Italia.

el

el largo y afectado periodo, y por la enfadosa lentitud en todo el curso de la oracion pierden todo el vigor, y en vez de herir y excitar los animos de los lectores, solo los hacen emperezar y dormir. ¿Podia ni aún esperarse que Carlos V tuviese paciencia para oir toda la enfadosa oracion de Casa, quanto menos que quedase convencido de sus razones para restituir á Plasencia? ¿Quantas gracias no hubieran dado Filipo y M. Antonio á Demostenes y á Ciceron si en sus oraciones hubiesen usado una eloqüencia semejante á la que siguió Casa? No tenia Badoaro argumentos tan importantes en sus oraciones forenses; pero la presencia de los jueces, el empeño de las partes interesadas, la realidad de las causas verdaderas, y no fingidas con el fin de declamar, podian espolearlo mucho mas, sino se hubiera dexado arrastrar del gusto entonces dominante en los escritores italianos de un largo y estudiado periodo, y de una fastidiosa y pesada oracion, ni hubiese con el estilo prolixo y declamatorio debi-

li-

litado algunas sólidas razones, que hacen oir á las veces en medio de una inmensa multitud de palabras. Los ensayos de eloqüencia forense, que en el siglo decimo sexto nos dexaron Casa y Badoaro, no excitaron los ingenios á producir otros mejores. Todas las demas artes han encontrado en los modernos muchos y felices seqüaces, que pueden compararse con los antiguos; y solo la eloqüencia forense debe darse desde luego por vencida, sin atreverse tan solamente á entrar en competencia. La Italia mas que las otras naciones debia haber hecho florecer aquella eloqüencia en alguno de sus estados. En los estados monarquicos, manejandose por lo regular ocultamente los negocios políticos, y hablandose de tales puntos en los gabinetes privados, sin concurrencia de oyentes, ni publicidad que anime á los oradores, faltan las ocasiones de hacer uso de la fuerza de la oratoria; pero en las republicas, donde todo se resuelve á pluralidad de votos, varias veces se presenta anchuroso campo para ha-

hacer triunfar la eloqüencia. Y la Italia dividida parte de ella en repúblicas, gozando una lengua enteramente formada, limada, armoniosa y rica, encontrándose en la flor de su cultura, y en medio de sus mas celebrados escritores, parecia muy propia para cultivar la eloqüencia forense, y podía prometerse los mas gloriosos adelantamientos. Pero sin embargo la Italia no ha adquirido en esta parte credito alguno; y habiendo producido un Señeri, un Ariosto, un Tasso y otros escritores clasicos y magistrales en otras especies de eloqüencia en verso y en prosa, no ha dado á la forense autor alguno excelente, y se ha contentado con un Casa y un Badoaro. Sea enhorabuena disculpable el silencio de otras repúblicas, que por lo reducido de sus estados, por la pequeñez de sus propios negocios, y por la poca influencia en los de las otras naciones, no presentaban espacioso campo á los oradores para manifestar las riquezas de su facundia; pero Venecia, república tan poderosa, que ha manejado los

los negocios mas graves, y que ha tenido parte en las vicisitudes mas importantes de la Europa, como es que no ha promovido un arte tan util á su gobierno, ni ha formado ilustres oradores; y madre fecunda de Temistocles y de Aristides, no ha producido Eschines y Demostenes? Su gobierno aristocratico ofrece un digno teatro á la eloqüencia política, y el estilo de su foro en el modo de tratar las causas conserva á la judicial toda la amplitud que le daba el foro romano: ¿por qué, pues, no se encuentran en Venecia Demostenes y Cicerones? Tal vez el uso de su peculiar lenguaje disminuye mucho la fuerza y magestad de los discursos de aquellos eloqüentes republicanos. Por mas sonora y suave que sea una lengua, hasta que no esté ennoblecida con escritos célebres, no puede dar á la oracion la correspondiente grandeza y magestad, ni la llaneza y familiaridad del discurso puede inspirar sublimes pensamientos y nobles afectos. Tal vez el zelo del secreto en las deliberaciones del Se-

nado impide los adelantamientos de la eloquencia forense; porque las oraciones mas eloquentes, que no dudo habrán sido varias, quedan sepultadas en la estrechez de aquellas salas, y no pueden ver la luz pública, ni proponerse por modelo á la estudiosa juventud. Dexo á los eruditos nacionales esta curiosa investigacion, porque yo, poco instruido en la constitucion de aquel gobierno, no puedo lisonjearme de examinarla con la debida exâctitud.

Inglesa.

Las sesiones parlamentarias de Inglaterra, aún mas que las asambleas del Senado de Venecia, presentan á los oradores un digno teatro para hacer ostentacion de sus talentos oratorios. Entre todas las cultas y doctas naciones, dice Hume (a) solo la inglesa tiene un gobierno popular, y admite en su legislacion tan numerosas asambleas, quales puede creerse las exija el dominio de la eloquencia. Pero el propio Hume se lamenta de la misma Inglaterra, porque no tiene de que gloriarse

(a) *Essai XIII. of. elog.*

se en este punto, y porque contando con gran honor suyo muchos ilustres poetas y filósofos, no tiene oradores célebres que alabar. Sin embargo yo no me atrevo á acusar en esta parte el estudio de la Inglaterra, y me parece que ha hecho en la eloquencia aquellos progresos, que de sus circunstancias podían esperarse. Apenas ha pasado poco mas de un siglo desde que los parlamentos manejan los negocios políticos de Inglaterra. Al principio en aquellas asambleas solo reynaba el furor, el espíritu de partido, la anarquía, la insolencia, el atrevimiento y la temeridad. Causan enfado antes que risa, los discursos que en tiempo del impostor Cromwel proferian muchos en los parlamentos, llenos de textos y de frases de la Escritura, cubriendo con un pasage de los libros sagrados la malignidad de sus empresas, y dando fuerza el espíritu de partido á tan ridículos razonamientos. La lengua inglesa se hallaba todavía rustica é inculta, sin gramaticas ni diccionarios; y la elegancia y pureza del estilo aún no era

buscada, ni estaba tenuta en aprecio alguno. La primera prosa limada que nosotros tenemos, dice en otra parte el mismo Hume (a), está escrita por un hombre que casi vive todavía, esto es por el célebre Swift. Sprat, Locke y aún Temple conocieron muy poco las reglas del arte para que sean tenidos por escritores elegantes. La prosa de Bacon, de Harington y de Milton, es en un todo miserable y pedantesca, por mas que su sentido sea excelente. „ Los hombres de esta nación continúa el mismo Hume, se han ocupado tanto en las grandes disputas de religion, de política y de filosofía, que no han podido aficionarse á las menudas observaciones de gramática y crítica. „ Que maravilla, pues, que siendo aún tan imperfecta la cultura del lenguaje, quedase rustico é inculto el arte de hablar, y fuesen lentos y oscuros los progresos de la eloquencia? Pero apenas comenzó á pulirse el lenguaje baxo el rey-

(a) *Essai XII. of civil liberty.*

nado de Jacob II, como quiere Driden, y mas en tiempo de la Reyna Ana á fines del siglo pasado, y principios de este, apenas empezaron á verse las prosas de Swift, de Addisson, de Bolingbroke, y otros elegantes escritos prosáicos, quando la eloquencia forense se introduxo á largos pasos en los parlamentos de Inglaterra, y produjo en poco tiempo sus Pisistratos, Clistenes y Temistocles en Walpole, Campbell, Mansfield y otros oradores ingleses, llegando en pocos años á dar un Pericles en el facundo Pitt, de cuya boca, como de la del griego, salian rayos y truenos, que aterraban y sujetaban toda la nación, y la hacian estar pendiente de los labios del orador. North, Burkes, Fox, Shelburne y tantos otros pueden considerarse al presente como los Andocides, los Antifontes y los Iseos de los ingleses; y la gravedad y claridad de algunos razonamientos del jóven Pitt, qual los vemos impresos (a), hacen que me

(a) *The speech etc.*

prometa hallar en él el Lisias de Inglaterra. Si esta nación no ha llegado todavía á la perfeccion de la eloqüencia, si aún no ha producido un Eschines y un Demostenes, no debe causar maravilla á quien reflexione con Cicerón, que la eloqüencia es la mas difícil de todas las artes: que introducida en Atenas desde Solon, no obtuvo antes de Pericles adorno alguno, ni prenda que fuese verdaderamente propia de un orador; y que de Pericles á Demostenes pasaron aún muchos años, y hubieron de nacer millares de oradores para llegar á mejorar y perfeccionar su arte. Si la Inglaterra abraza-se como la Grecia el uso de limar en los escritos sus oraciones, y formase de la eloqüencia política un ramo de sus glorias literarias, no dudo que aquella singular y benemerita nacion llegaría en poco tiempo á igualarse con la Grecia, tendría Demostenes ingleses para ponerlos al lado de los ingleses Archimedes é Iparcos, y se gloriaría de poseer excelentes oradores, no inferiores á sus fisicos y matematicos,

y

y comparables con los mas celebrados oradores de la antigüedad.

La Francia, aunque sujeta á un go- Francesa.  
bierno monarquico, puede tal vez gloriarse de tener en este genero mas escritos eloqüentes que las otras naciones auxiliadas de circunstancias mas favorables. Se oyen de quando en quando en el parlamento de Paris algunas representaciones y discursos de los fiscales en materias políticas, que manifiestan un sano gusto de eloqüencia; pero no pudiendo avivarse, y tomar calor con el debate, como en los gobiernos populares, quedan frios, y jamas pueden llegar á adquirir la fuerza que se admira en los antiguos, y que se puede esperar de los ingleses. Los parlamentos franceses son en gran parte, como los tribunales de Atenas y de Roma, teatros oratorios, donde las decisiones de las causas privadas, y de los negocios judiciales penden de la eloqüencia de los abogados: y aunque esta oratoria judicial sea harto inferior á la política, cuenta sin embargo entre los Franceses muchos mas

se-